

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 74.—BARCELONA 18 DE OCTUBRE DE 1915



El rey de Sajonia y el mariscal von Hindenburg. Detrás de éste marcha su jefe de Estado Mayor von Ladendorf entre dos oficiales

CRONICA INTERNACIONAL

I La intervención de Bulgaria.—II. El caso de Grecia.—III. La intranquilidad en el África del Sur

I.—La intervención de Bulgaria

El paso dado por el Gobierno búlgaro no habrá sorprendido a quienes se han tomado la molestia de leer estas modestas crónicas. Era un hecho inevitable, y que pudo preverse desde que Bulgaria fué derrotada en 1913 por Serbia y Grecia. Ciertamente es que la resolución italiana no era de esperar, pero no se encontraban en el mismo caso Italia y Bulgaria.

Lo menos que la prensa aliada llama al gabinete búlgaro es traidor. Se han multiplicado los razonamientos para demostrar que aquel reino ha faltado a todos los deberes; claro es que ninguna persona desapasionada aprobará semejante campaña, que supone la negación de que cada cual obre con arreglo a sus intereses propios y no a los ajenos. Para la prensa aliada el mundo no tiene más que una faceta aceptable: la anglo-franco-italo-rusa, y todos los demás pueblos de la tierra han de olvidar lo que les conviene, porque no les debe convenir más que lo que interesa a la coalición. A Bulgaria se le podrá achacar todo, menos el que haya engañado a nadie.

Antes de terminar la guerra contra Turquía, pidió la anexión de Macedonia; por esta causa riñó con Grecia y Serbia, y en el tratado de paz que siguió se vió obligada a renunciar a sus aspiraciones, bajo la presión de Rusia e Inglaterra; no cesó, sin embargo, de reivindicar constantemente desde entonces sus derechos sobre la Macedonia, y cuando —avanzada ya la presente guerra— los propósitos de expansión territorial aparecieron en los diferentes países beligerantes, Bulgaria planteó de nuevo sus peticiones y se puso al habla con la cuádruple y la triple. La primera, séxtuple en realidad, sostuvo que el territorio serbio era intangible y dijo a Bulgaria que cuando se firmase la paz se la indemnizaría en Macedonia, concediéndose a Serbia un engrandecimiento a expensas de Herzegovina y Bosnia: esto era lo mismo que desechar de plano las pretensiones búlgaras. En cambio, la doble ofreció al rey Fernando lo que tanto anhelaba, y Turquía, yendo aún más lejos, entregó desde luego a Bulgaria un pedazo no pequeño de Tracia. ¿Hubiera dudado en la elección ningún país del mundo?

En otro concepto, el dilema era: con Serbia o contra Serbia. En el primer caso, para tener derecho a una compensación el día de la victoria era menester lanzar el ejército búlgaro contra Turquía, es decir, debilitarlo en beneficio de los aliados, y esperar que éstos y la triunfante Serbia le concedieran lo que le negaron dos años antes. En la segunda hipótesis, se debilitaría el ejército búlgaro, sí, pero en provecho directo e inmediato de su país.

Finalmente, la victoria de los aliados sería una amenaza terrible para Bulgaria—y Rumanía—porque los Dardanelos y el Bósforo en manos de una gran potencia, equivaldría a cerrar para siempre el paso a los deseos de expansión que debe alimentar un pueblo que no se resigna a morir. Mientras Constantinopla sea turca, habrá esperanza de engrandecerse; el día que fuera inglesa o rusa, tanto Rumanía como Bulgaria tendrían en inminente peligro su independencia.

Si el Gobierno de Sofía no se ha decidido antes, ha sido, no porque ofreciera dudas el partido que le convenía abrazar, sino porque temía que Austria y Alemania fueran aplastadas. Derrotada Rusia, no había motivo para vacilar.

II.—El caso de Grecia

Sin excepción, la diplomacia griega ha sido la más hábil de todas. Ha sabido sortear hasta ahora las situaciones más difíciles, y conseguido algo que parecía imposible: estar bien con los dos grupos de beligerantes. Venizelos se ha acreditado una vez más de experto político. Su advenimiento al poder—lo dijimos oportunamente—no implicó la entrada de Grecia en la guerra, aunque se aparentara creer lo contrario en Francia e Inglaterra; y cuando la crisis internacional provocada por la actitud de Bulgaria llegó a su punto culminante, abandonó prudentemente el Gobierno.

Alemania, para atacar a Francia, violó la neutralidad de Bélgica, pecado espantoso que ha alimentado durante un año las prensas de medio mundo. Los germanos conculcaron el derecho; pero ¿qué es el derecho? Lo que conviene al país, el fundamento de su existencia. Ese derecho es el que aplicó Alemania al hollar las fronteras belgas, y es natural que estuviera en oposición con el derecho inglés y el francés, que pretendían que Alemania obrara del modo que convenía a la alianza y se resignara a ser derrotada. Y ahora, la fuerza de las cosas ha hecho que Inglaterra y Francia reconozcan que entienden el derecho exactamente de la misma manera que lo entendió Alemania. ¡Desgraciado el pueblo que lo entienda de otro modo!

Convino a Inglaterra, para operar contra Turquía, ocupar las islas de Lemnos y Mitilene, y las ocupó, sin detenerse ante la consideración de que pertenecían a un neutral, Grecia, y de que atropellaba los derechos de un tercero. Ahora mismo, para lanzarse contra Bulgaria—o más probablemente para tomar buenas posiciones en el Egeo—franceses e ingleses han desembarcado en Salónica, sin permiso de los griegos, antes con su protesta formal; y si los búlgaros se descuidan, franceses e ingleses tomarán el territorio griego como teatro de sus operaciones.

¿Qué dirían los centenares de periódicos que agi-

taron y aún agitan el tópico del atropello a Bélgica, si los griegos, imitando a los belgas, empuñaran las armas y se alzarán contra el invasor franco-británico? ¿Por qué fué un crimen la entrada de los alemanes en Bélgica y, en cambio, es razonable y hasta plausible la invasión de Grecia? ¿Acaso un mismo hecho debe llamarse agravio si lo ejecutan los unos y caricia si lo realizan los otros?

Mírense los belgas en el espejo de los griegos y, aunque demasiado tarde, aprendan de ellos. Grecia permanece neutral; tomará parte más adelante en la guerra, es seguro, pero no cuando convenga a tirios o a troyanos, sino cuando le convenga a ella misma. Porque entiende el derecho lo mismo que los alemanes y los ingleses y los franceses. El derecho del fuerte jamás debe ser copiado por el débil, porque aquel lo estatuye para su prosperidad y grandeza propias, que sólo pueden lograrse a expensas de las ajenas. Lo contrario sería una quimera y un delito de lesa patria.

Fuera el Gobierno belga perfectamente neutral de intención y se condujera lo mismo que ahora Grecia. Pero no lo fué: en el mismo momento que rechazaba la petición de Alemania, pedía a los aliados el concurso de sus ejércitos.

Es triste, y causa de no pocos males y trastornos, que el hombre se deje impresionar por las palabras más que por los hechos. Tanto y tanto se ha escrito sobre la violación de la neutralidad de Bélgica, que no parece sino que la historia esté exenta de casos peores, y que el mapa del mundo no presente a la vista de quien lo mire ejemplos perennes de que el derecho del más fuerte está escrito con pedazos de territorio de los flacos; y es triste y lamentable que se atribuya peor condición a los griegos, y se hagan el silencio y el vacío sobre el atropello de que acaban de ser víctimas. Alemania faltó al derecho ajeno al invadir Bélgica, ni más ni menos que han faltado Inglaterra y Francia en Salónica y las islas del Egeo. Derecho, por lo demás, que sólo sirve para que los tratadistas escriban artículos y libros, sin que nadie les haga caso más que cuando no tiene a mano otro argumento de más fuerza. La historia de la humanidad nos está enseñando lo contrario, en todos los climas y meridianos, a pesar de lo cual no le hacemos caso y encontramos más cómodo especular en privado, como si el mundo pudiera encerrarse en los cerebros de unos cuantos pensadores.

III.—La intranquilidad en el Africa del Sur

Las operaciones militares en el S. de África han sido favorables a los ingleses, pero el disgusto del pueblo contra sus dominadores ha crecido en los últimos meses. Recientemente, al llegar a Johannesburg el ministro inglés de aquellas colonias, general Smuts, fué agredido por la multitud, resultando lesionado, y heridas algunas personas de su séquito, que tuvieron que ser protegidas por las tropas. Los mismos síntomas de rebelión menudean en la India. La Gran Bretaña empieza a bambolearse; no posee bastante fuerza para dominar todos los países sometidos a su corona, ni hay tampoco unanimidad de sentimientos en ellos. Los fermentos que han aparecido, no tardarán muchos años en hacer correr la sangre a torrentes. No es extraño, pues, que Ingla-

térrea realice esfuerzos supremos para no ser derrotada ahora, y lleve sus sacrificios a extremos que nadie, y menos que nadie ella misma, podía imaginar.

F. LARIN.

COMO CORRESPONSAL AL FRENTE

Waterlloo.—Lovaina.—Lieja

(De nuestro Corresponsal)

XIX

¿Quién dispuso en Bruselas de un par de horas y no visitó el más famoso campo de batalla del pasado siglo? Y, sobre todo, ¿quién fué el veterano que no enseñó a sus huéspedes la vieja espada, testigo de triunfos pasados? Yo no soy de los primeros, ni los prusianos de los segundos, ciertamente. De ahí que al despertar del día siguiente a nuestro arribo a Bruselas, nos transportáramos de la cama al automóvil para visitar el campo de batalla de «Waterlloo», como el mundo ha dado en llamarle, de «Saint-Jean», para los franceses, de «la belle Alliance», en fin, para los alemanes.

Una vuelta al volante, martillean los cilindros y en marcha. La carretera que conduce a Waterlloo no ha sufrido mucho con la guerra. ¿Fué casualidad o determinación deliberada del destino? Quién sabe. El león de los Países Bajos no vió su imponente majestuosidad perturbada por los cambios de los tiempos. Y si desde su pedestal piramidal vió pelear allá abajo dos pueblos que un día se dieron la mano para derrocar de su poder universal al monarca sin par, sólo me admira que, meneando la espesa melena, no lanzara a los aires un rugido que, sobrepasando el bramar de los cañones, transformara en piedra a los guerreros insensatos olvidados de sus pasados gloriosos...

Waterlloo. Saint Jean. Alto. A la derecha, ahí está el león inmenso. Monumentos y tumbas esparcidos por el campo. Aquí holandeses, allí silesios, allá soldados de Nassau, acullá franceses, ingleses, más lejos prusianos. Tristemente inclinada hacia atrás, yace una cruz de madera sobre un cerro de tierra donde crece el césped con vigor nuevo. Es una tumba común, sin duda, más nueva, la última en la región, de los soldados de hoy. ¿Alemanes, belgas...? Es igual. Donde tantas osamentas se juntan, bajo la tierra no hay nacionalidades, que éstas son mezquindades de la corteza del planeta nada más.

Casi me sintiera avergonzado de vivir y ser mortal. Un nombre conocido, pronunciado a mi lado, me alienta. «Napoleón, ha dicho un oficial, continuando su conversación, había perdido la decisión y sangre fría de 1805. La batalla perdióla aquí el día 18, como una consecuencia de la victoria a medias del día 16. En efecto, creyó al ejército prusiano deshecho y éste decidió la victoria el 18 todavía. Primero mandó a Ney contra Wellington y, cuando aquel se había comprometido ya en un encuentro, ordenó-le caer sobre el ala derecha de Blücher. Indecisión, inconsecuencia». Nuestro oficial continuó comprobando la influencia de los padecimientos de vientre sobre el ánimo, de la misma manera que todos los

que se han ocupado de Napoleón y Waterlloo. Enseguida puso en claro con pruebas, si no convincentes, al menos aplastantes, cómo el verdadero vencedor de Waterlloo fué Blücher y no Wellington. El tenía sus razones para ello, como digo: encerrábalas en su robusto puño, esgrimiéndolo con tal fuerza, que estoy seguro que hubiera aplastado al primer incrédulo que osara resistírsele. Pero esta es discusión que ha adquirido en Alemania cierta actualidad por causa de la publicación de un documento (despacho de Wellington después de la batalla), hasta la fecha secreto por razones diplomáticas y que merece ser tratado en lugar aparte con mayor detenimiento.

En la tarde del mismo día vamos a ver de cerca las realidades de la tan decantada destrucción de Lovaina. Una impresión semejante a la que me esperó en Bruselas tengo que registrar aquí. Me imaginé que no iba a encontrar piedra sobre piedra y que de tantos edificios y obras de arte no habría de ver más que las descripciones del Baedeker respectivo. Las descripciones que en los periódicos había leído y que aseguraban que lo pasado era algo como juego de niños, se me antojaban paliativos nada más de la culpa de los destructores, palabras consoladoras para la humanidad privada de tantos tesoros. Imaginad cuál sería mi sorpresa al contemplar por lo bajo, unas cinco sextas partes de la ciudad intocadas por las balas y por el fuego! El barrio que más sufrió es la parte Este y las cercanías de la estación. Manzanas hay en las cuales ninguna pared yace sobre sus cimientos, y ante el espectáculo no dejan de sentirse palpables los horrores de una guerra atroz. Yo no quiero discurrir sobre a quién toca la culpa. La realidad está ahí. Yo la describo. Es espantosa. Pero os aseguro que no lo es tanto como os la han pintado.

Una satisfacción indescriptible se experimenta al ver el Hotel de Ville total y completo, sin que le falte ninguno de los mil detalles con que el arte fino y delicado de nuestros antepasados lo adornó. De la famosa biblioteca, en cambio, no queda nada, pues las cenizas las voló el viento y las piedras calcinadas las han retirado quienes de ellas quisieron hacer uso en los alrededores. La magnífica catedral está en pie. En la bóveda de la nave se descubren algunos agujeros. Mas la torre yace por los suelos informe y deshecha. El techo también fué devorado por las llamas. Algunos cuadros, pinturas de Dirk Bouts, de Rogier van Weyden y otros, faltan. Los vacíos se notan, ¿Habrán perecido? pregunté acongojado.—No, los soldados alemanes los condujeron al Hotel de Ville al ver el edificio amenazado por las llamas. En efecto, allí están, cuidadosamente reclinados en la pared o acostados sobre una mesa. Respiro.

Allí está una casa por donde corre el viento sin estorbos. No hay en ella una sola vidriera completa. En una callejuela, de cuyas casas se disparó repetidas veces sobre los soldados alemanes en aquella lucha fatigosa e inícuca de dos días, todos los rótulos de las tiendas están desportillados, doblados, agujereados, hundidos por las balas.

En la esquina de una casa, a la altura del primer piso, había una estatuita de la virgen metida en un nicho. Los muros que formaban la esquina se derrumbaron desde el primer piso para arriba. La vir-

gen está de pie, con una mano menos y se dibuja rosa pálido en el fondo azul brillante del cielo. La historia del milagro aún no se ha publicado. Pero no dudo que algún buen cristiano (o cristiana) ya habrá redactado la «Relación de los milagros que a Dios plugo hacer por conducto de su santísima Madre... etc., el día 28 de agosto de 1914, cuando las «bárbaras hordas germánicas» etc., etc. y que en un futuro no muy lejano vendrán fieles de muy lejos en peregrinación a alabar y glorificar la imagen de yeso una vez al año, a fines de agosto.

Vueltos a Bruselas, donde permanecemos todavía un día, nos dedicamos a pasear por la población, observar el aspecto que presenta, la cara y el humor de sus habitantes. De esto puedo decir que el contraste es grande entre lo que aquí sucede y lo que se

militares. Las municipales del país, con algunas excepciones, han apoyado con sus medios y esfuerzos a las alemanas. Muchos fugitivos han vuelto al territorio y continúan sus ocupaciones interrumpidas. La actividad desplegada por los nuevos administradores es, en todas sus ramas, verdaderamente admirable y digna de encomio. Algunos de los servicios e instituciones del caso, que visitamos en Bruselas, han dejado en mí la mejor impresión. Los soldados alemanes son buenos. Ahí están, si no, cien nombres que lo atestiguan: Lieja, Amberes, Namur, los lagos masuricos, etc., etc. Pero el clavo de su bondad está principalmente en su organización perfecta. Esta se ve florecer, si bien con menos ruido, también con más agradables resultados, en los trabajos pacíficos, entre los cuales culmina como un sol la labor que



Monumento en el campo de batalla de Waterlloo

desarrolla en Saint Quentin. En Saint Quentin se encierran los habitantes en sus casas de día y noche, como si temieran contaminarse con el aire respirado por las tropas alemanas. En Bruselas no hay tantas tropas. Los habitantes se acostumbran poco a poco a su trato y se familiarizan tanto con ellas, como con el nuevo estado de cosas, que ya se va haciendo viejo de puro durar. Los alemanes por su parte tienen muy buena opinión de los bruselanos. Un oficial a quien interrogué al respecto me aseguró que son gente muy vernünftig (razonable).

En Bruselas tiene su asiento la cabeza de la administración civil del país, compuesta de hombres competentes venidos de todos los rincones de Alemania. Su principal tarea es asegurar el mantenimiento de la población y puede decirse que la ha llenado hasta ahora con la mayor escrupulosidad. La agricultura trabaja con regularidad, para lo cual ha sido preciso muchas veces poner a su disposición semillas. Con objeto de dar trabajo al pueblo se ha puesto en actividad una gran parte de la industria del país y se han instalado nuevas en servicio de las autoridades

en Bélgica resuelve tan difíciles problemas esenciales en los momentos presentes.

Al tercer día abandonamos Bruselas. El camino nos lleva, por Lieja, a Alemania. Lieja fué la primera fortaleza de Bélgica tomada por asalto por las tropas del Kaiser en los primeros días de agosto pasado. De ella y su toma habrá oído cada lector demasiado para que le moleste una vez más con detalles. La verdadera realidad de las cosas habrá de conocerse entera sólo después de esta lucha, que ahora ha nueve meses que hace temblar al mundo con el tronar aterrador de los cañones, cubriéndola con la más sana sangre de sus hijos.

Aldeas destruidas, puntos negros en el verde primaveral de estos campos trabajadores, amados de Dios, son las únicas variantes del camino y a los lados, hasta donde alcanza la vista.

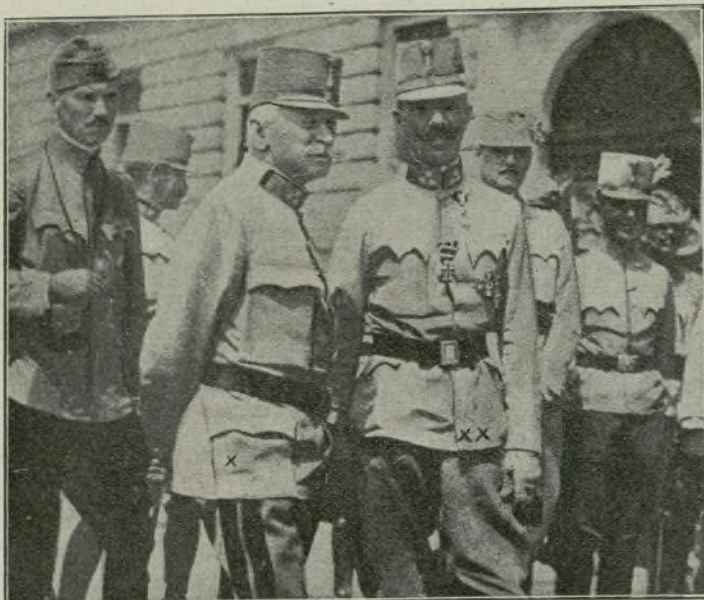
J. C. GUERRERO.

Primavera de 1915.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

El secreto de Italia

(El señor A).—¡Albricias! Querido don Subrio, ya sé qué es lo que se propone Italia y el motivo de que no quiera ganar más terreno a los austriacos.



General Conrad von Hötzendorf (X), y general Bohm-Ermolli (XX)

—¿Porque aún no está maduro o por modestia?

(El señor A).—Atienda V. a este párrafo que acabo de leer, y grábelo bien en su mente.

—Si es de *Le Temps* o del *Corriere* lo grabaré en un catafalco.

(El señor A).—Bromas aparte, dice así: «Con haber intervenido en la lucha tienen ya (los italianos) por derecho propio...»

—¡Alto ahí! Ha enseñado V. la oreja: en hablando de derecho, ya sé quién es el interfecto. ¿Vendrán ahora la civilización y la libertad?

(El señor A).—Oiga V. y calle, si puede; ...asiento en la futura conferencia de la paz; y sus consejos, que no se llegaron a oír en el verano de 1914....

—¿Oyeron los italianos los consejos de Austria antes de la expedición a Libia? ¿Les declaró entonces la guerra Austria? O se ha de tener memoria para todo o suprimirla.

(El señor B).—No interrumpa V., don Subrio; acabaré por no enterarme.

(El señor A).—... tendrán que ser escuchados en el verano o en el invierno en que aquella conferencia se celebre.

—Y ¿si se celebra en otoño o en primavera? ¿Qué bien suena esta última palabra!

(El señor A).—... Y en este género de conferencias no es sólo la habilidad del diplomático la que prevalece, sino el poder de las fuerzas militares que se hallan a la espalda de la diplomacia. Pues bien, el pensamiento de Italia no parece ser hoy el de conquistar territorios, sino el de poseer en el momento oportuno un gran ejército.

(El señor B).—¡Muy bien dicho! ¡Eso es dar en el clavo!

—Se me ocurre una pequeña duda, señor A. ¿Es indispensable para poseer en el momento oportuno un gran ejército, que lo destruya antes el enemigo?

¿No sería mejor tenerlo guardado, nuevecito y sin compromiso? Conque ¿no quiere conquistar territorios, por ahora? ¿Habrás visto gente más avisada? Me recuerda el caso de aquel que en el mes de enero se cayó al agua y por poco se ahoga, y cuando lo sacaron medio muerto, dijo que deseaba conservar sus fuerzas para un ejercicio de natación que había de tener lugar dentro de seis meses. Esa receta italiana, si llega a aplicarse, va a llenar al mundo de cojos y lisiados. ¿Quieres poseer buenos brazos?: que te corten uno; ¿quieres tener buenas piernas?: que te amputen un pie. ¡Da gusto vivir en estos tiempos! ¡Lo que discurre la gente!

(El señor A).—Luego hará V. los comentarios que guste; déjeme concluir. «Por este motivo, su labor militar actual se reduce a asegurar los pasos vulnerables de sus fronteras, a fin de que, si las vicisitudes de la guerra la llevaran a tener que sufrir el golpe de ariete de los imperios centrales, pudiera comportar con energía este golpe, manteniendo a la defensiva su ejército en condiciones favorables...»

—¡Eso no lo ha escrito el general Cardonal! ¡Menuda gracia le haría si lo leyera! Se reduce a asegurar los pasos vulnerables..., comportar..., mantenerse a la defensiva... ¿Hacia falta ir a la guerra, para esto? ¿No fuera más sencillo poner las tropas en la frontera, sin exponerlas a lo que está sucediendo? Además, he mirado el mapa y no he encontrado esos pasos; unos los tiene ella, otros Austria; tal vez



Mujeres polacas, con los trajes nacionales de colores abigarrados

aquella posee ahora cinco pasos más que en abril, pero no se ha modificado la situación en lo relativo a las grandes puertas de paso entre las dos naciones. ¡Quien no se consuela es porque no quiere! ¿Han olvidado Vds. la estrategia rusa? ¿Y la batalla del

Marne? ¿Y la casa del barquero y la azucarería y...?

(El señor A).—Termino: «Si este peligro pasa...

—¡Pasa, pasa! *Sic transit gloria mundi*. Todo pasa en este mundo, y para todo hay tragaderas! Vamos a ver lo que pasa.

(El señor A).—Italia podrá llegar al período de las negociaciones para la paz, con su ejército intacto de tres millones de soldados...

—¡Hombrel! ¡Esto ya no puede pasar! ¿Intacto? ¿Tres millones de soldados? ¿Por quién me ha tomado V., señor A? ¿Soy por ventura analfabeto?

(El señor A).—Voy a concluir:... «y con la nación incólume...

—Intacto, incólume,... no falta más que añadir inverosímil. ¿Si dispararán los austriacos poesías en vez de balas, como Annunzio? ¿Incólume una nación que se ha empeñado ya y es la única que come el atrasado pan de guerra?

(El señor A).—Ahora hay no pocos labios en los que se dibuja una sonrisa al hablar de la acción italiana; pero Italia es posible que anhele que le llegue el turno de reír cuando sea ocasión...

—Con eso sí que estoy conforme. ¡No faltaba más sino que no anhelara que le llegase el turno de reír! Lo malo para ella es que por ahora sólo lo anhela, como Rusia; y no nos amargue V. la vida, señor A, y déjenos V. sonreír pensando en el incólume, en la renuncia a territorios y en el Isonzo.

(El señor A).—Y en aquellos supremos momentos de la Conferencia de la paz es cuando se decidirá el trazado del futuro mapa de Europa, e Italia sabrá entonces, y sólo entonces, si ha logrado su ideal de la patria redimida.

—¡Por fin ha aparecido la libertad! He de observar que aquel día no sólo lo sabrá Italia, sino también la China, sin necesidad de haber tomado parte en la guerra, como no sea que los literatos sigan haciendo de las suyas.

(El señor B).—V. dirá lo que quiera, pero a mí no me parece tan mal lo que ha leído el señor A. Lo encuentro razonable, lógico,...

—Y hasta estratégico; me lo figuraba. Vamos a cuentas, señor B. Al cabo de cuatro meses y medio de guerra ¿ha ocupado Italia los terrenos que Austria le ofrecía de buen grado? No. Luego, la dádiva le parecía pequeña.

(El señor A).—El razonamiento es otro. Al firmarse la paz, Austria hubiera reclamado lo cedido e Italia quedara defraudada.

—Pero, como habría ocupado desde luego aquellos territorios ¿quién le impidiera atrincherarse en ellos, y no en otros muy distantes, como ha tenido que hacer ahora?

(El señor A).—En tal caso, Austria declarara la guerra.

—¡Miel sobre hojuelas! Austria está más destruada ahora que en mayo, y lo estará más todavía dentro de seis meses. Si Italia hubiese aplazado su intervención para el final de la guerra, cuando todo el ejército alemán estuviera en Francia y la mayor parte del austriaco en los Balkanes, sus tropas, entonces verdaderamente incólumes e intactas, impusieran su voluntad.

(El señor B).—¿Y si hubieran sido derrotadas?

—También pueden serlo en la ocasión presente. Pero, hay más. Hasta nuestros días, que yo sepa,

ningún país se ha lanzado a la guerra para ocupar posiciones defensivas en previsión de que venga un golpe de ariete; para eso, bien estaba en paz. Y cuanto más vigorosas se conserven las fuerzas militares de un país al iniciarse las negociaciones de paz, tanto más pesará y más escuchada será su voz. Ningún pueblo declara la guerra en previsión de nada, sino para alcanzar una victoria. La previsión se satisface reforzando las defensas y fortaleciendo al ejército.

(El señor A).—¿Sabe V. lo que acontecerá? ¿Se atreverá V. a decir que Italia será vencida? ¿Da V. por descontada su derrota?

—¿Yo qué sé lo que va a ocurrir? Pero sí sostengo que si hubiera esperado seis meses o un año más, hubiera tenido infinitamente más probabilidades a su favor. No aguardó porque no lo creyó necesario, y no nos vengán ahora con que si no quiere ganar territorio o si reirá mañana o dejará de reír. El argumentar con la amenaza de lo que puede ocurrir, es lo mismo que invitarnos al silencio. ¿Por qué trabaja V. y se afana? ¿No sabe V. que puede perder mañana toda su fortuna y que un día u otro ha de morir? Pues eso es lo que se desea que hagamos al referirnos a Italia y a Rusia y a medio mundo, sin perjuicio de que a otras dos naciones, cuyos nombres me callo, les vaticinemos todo linaje de desgracias y fieros males.

(El señor B).—No puede V. ocultar sus antipatías hacia los italianos.

—¡Al contrario! ¡Soy yo quien los defiende! Ellos iban en pos de un triunfo rápido y completo, y lo esperaban. No tienen ninguna culpa si los austriacos, más duchos en la guerra, les han detenido en los primeros pasos. ¿Es algún deshonor el no obtener la victoria? Será una desgracia, pero nunca una deshonra, si el ejército se ha conducido con bravura, y en este concepto es intachable el italiano. Cuando dos riñen, es imposible que venzan los dos.

(El señor A).—¿Dónde va V. a parar con sus explicaciones?

—En cambio, el que ha escrito aquellas cosas ha llamado tontos a los italianos. Es un caso que se ha dado con frecuencia en esta guerra; por querer favorecer a uno de los partidos, se le pone en solfa y se le atribuyen los mayores desatinos. ¿Qué diría V. de un prójimo que razonara de este modo?: me quiere regalar V. una peseta, pero prefiero que que me muela V. las costillas y me dé un céntimo; deseo ser fuerte y anhelo reír, y para conseguirlo quítame V. el sueño, póngame a media ración, aplíqueme tal o cual tanda de palos... Si encima llamaba V. listo y prudente a ese prójimo, haría V. bien poniéndose al alcance de su garrote. ¡Válgame Dios! ¡Cuánto ingenio mal aprovechado! Y no es eso lo peor.

(El señor B).—¿Todavía hay algo peor?

—Me pongo en el caso de los *facedores* de entuertos y ¡me inspiran tanta piedad! ¡Cuidado que debe ser triste sostener con argumentos lo que no se cree, y hacer equilibrios para defender tesis opuestas a la realidad! ¿No sería más franco decir: yo deseo tal cosa, y no creo nada que a tal cosa se oponga, aunque los hechos la destruyan y la pulvericen? Mi única objeción sería entonces: anhele V. que le llegue el momento de reír.

SUBRIO ESCÁPULA

HUYENDO DE LOS ALEMANES

Los sufrimientos de los rusos

Estoy sentado en una inmensa sala de espera llena de gente del pueblo; el calor en ella es atroz, extraordinario el ruido y el espectáculo deprimente. Los niños gritan en todos lados, hay criaturas moviéndose entre los fardos y paquetes, chiquillos de todas las edades, terriblemente hambrientos y somnolientos. Los padres, sentados, reflejan la ansiedad en sus semblantes, sus rostros están contraídos y extraviada su mirada; otros, se pasean distraídos; algunos, sin preocuparse de lo que les rodea, duermen, roncan. La tarde está lluviosa, y las gotas de agua golpean las ventanas de la estación. Millares de fugitivos aguardan en cada estación, en campamentos improvisados, en cuarteles. Llegan diariamente veinte mil fugitivos, que es imposible se queden aquí. Se les envía a provincias de lo más interior de Rusia, dándoles paso libre en buenos trenes, y se les aleja para que no estorben los movimientos de la retaguardia rusa, y también para librar a Kiev de la tremenda impresión que sentiría, así como para dar a los infortunados viajeros una probabilidad de vivir mejor. Llegan en trenes, parten en trenes, llegan en sus carretas y parten en ellas. Desde las orillas del Dnieper se divisa una interminable caravana de carros que se mueven lentamente y se alejan de la ciudad. Si se recorre el campo, se advierten filas de carros en los interminables caminos y estepas, llevando cada campesino todos sus efectos en un carro: sus sillas, sus mesas, sus iconos, y un buey sujeto por una cuerda marchando a la zaga. Si se le pregunta al campesino a dónde se dirige, contestará que lo ignora.

Hay hermosos rostros entre esas gentes: rostros anchos, tranquilos, de fuerza. Se ven familias distinguidas. ¡Qué lástima infunde el verlas en tan miserable estado! ¡Cuánto sufrimiento! ¡Qué tensión mental! Todos los grupos de familias que veo en esta estación tienen igual expresión: la de gente que ha perdido todo lo que poseía y aguarda un nuevo método de vida, reunido todo el dinero en una bolsa y todos sus enseres en bultos que han agrupado a su alrededor. Hay grandes grupos, en los que figuran las tías, los viejos abuelos y abuelas, personas que jamás se habían alejado de sus casas, y que ahora se han dejado caer sobre los asientos, con el cabello gris en desorden, los ojos excitados, y muy tristes. Hay quien apenas ha dormido en cinco días, el rostro lleno de arrugas, los ojos cansados, silenciosos.

Entre estas gentes se ha desarrollado una desusada bondad, y la policía y las tropas les demuestran una cierta ternura oficial. Nadie se queja. Cada cual pregunta sus cuitas al vecino, trata de calmar a los niños, les da pan. Se rezan plegarias a coro, y no faltan cirios que arden ante los altares de la estación. Hasta los judíos, misteriosos en sus devociones, rezan sus plegarias; por lo menos, así lo indica el aspecto de un venerable israelita en este momento: se ha puesto frente a un rincón de la blanca pared, ha apoyado su codo en ella y, con la frente reclinada sobre el antebrazo, masculla algo que no se entiende. Su mujer, entre tanto, acaba de salir llevándose dos sillas reservadas para que cenaran dos oficiales. Los

oficiales heridos sufren también. ¡Todos padecen! El viejo judío me recuerda a aquellos que golpeaban sus cabezas contra los muros de Jerusalén.

Kiev tiene una inmensa estación central, con muelles desnudos, casi inhabitables. Ahora, los trenes que llegan a la estación encuentran esos salones atestados de paquetes y bultos de todas clases. Cuando el tren se detiene, los pasajeros, asombrados, oyen el murmullo de las conversaciones que parten del interior de la estación y ven las masas de fugitivos con trajes de los colores más diversos. Acabo de abandonar mi asiento de la sala de espera, y me he sentado sobre un saco, en uno de los muelles. Me rodean todos los lamentables detalles de los hogares abandonados: camas, sillas, mesas, efectos de cocina, sofás, cajones, máquinas de coser, la máquina de troquelar de la miserable vivienda judía, innumerables cajones y cestos.

Al otro lado del Dnieper y a salvo de los alemanes, hay muchos trenes cargados con todos los objetos imaginables de cobre, calderas, marmitas, cilindros, frascos, cacerolas, amontonados en desorden, en abigarrada confusión. También se ven samovars, cantimploras, maquinaria agrícola, ejes, ruedas, campanas de iglesia, campanillas lo mismo que campanas cuyo sonido atronaría a una ciudad. Están ornamentadas con representaciones de Jesús o de la Madre y el Hijo, con inscripciones en blanco o en color que indican el nombre de la iglesia y ciudad de donde proceden. Todas están calladas, sobre las miserables plataformas.

He leído en un periódico, que en Alemania sólo hay municiones para tres meses, y que allí se ha dado la orden de requisar todas las campanas de las iglesias, creyendo que con las que cogieran en Rusia tendrían bastante cobre para un año. ¡Una nueva aritmética! ¿Cuántas granadas pueden fabricarse con una campana de iglesia? De un modo general, los alemanes nos han enseñado mucho en aritmética.

Causa tristeza contemplar esos despojos de las iglesias. Se encuentra algún consuelo examinando los trenes enteros cogidos a los alemanes, más estrechos que los rusos, montados en trucks, y con nombres alemanes en ellos: Munster, Hannover, Essen, Düsseldorf. No cesan de pasar prisioneros prusianos.

A un lado se sienta un polaco que refiere su historia. Poseía una fábrica, bajo la intervención del Gobierno, en Bialystock. Toda la maquinaria ha sido llevada a Moskú. «¡Qué ruina!» exclama el polaco, que ha venido a Kiev a recoger a sus niños, enviados por delante sin que nadie cuidara de ellos.

—¡Oh!—dice uno—«V. será considerado como funcionario del Gobierno y recibirá una indemnización».

«Es imposible que me indemnice. He perdido a mi mujer, que murió de espanto». Y se puso a referir cómo su mujer, que era muy nerviosa, fué atacada por un síncope cuando las granadas alemanas comenzaron a caer cerca.

Fábricas, colegios, universidades, academias, escuelas, hospitales, han sido evacuados—según la frase oficial,—esto es, trasladados desde el Oeste de Rusia al interior. La Universidad de Varsovia se ha ido a Rostov; la Universidad de Uriev a Yaroslav. Las fábricas se han dispersado en todas direcciones y, ayudadas por el Gobierno, se las quiere montar de

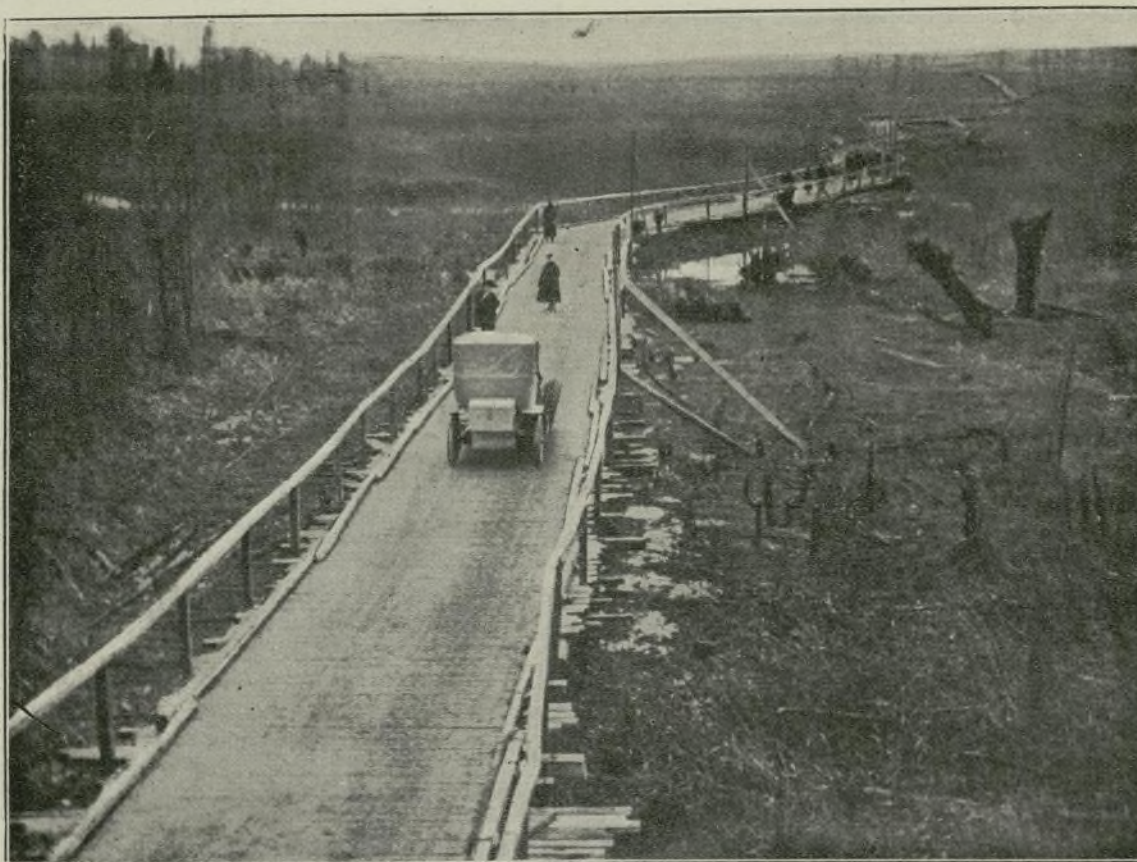


Grupo de prisioneros italianos, capturados en el Isonzo

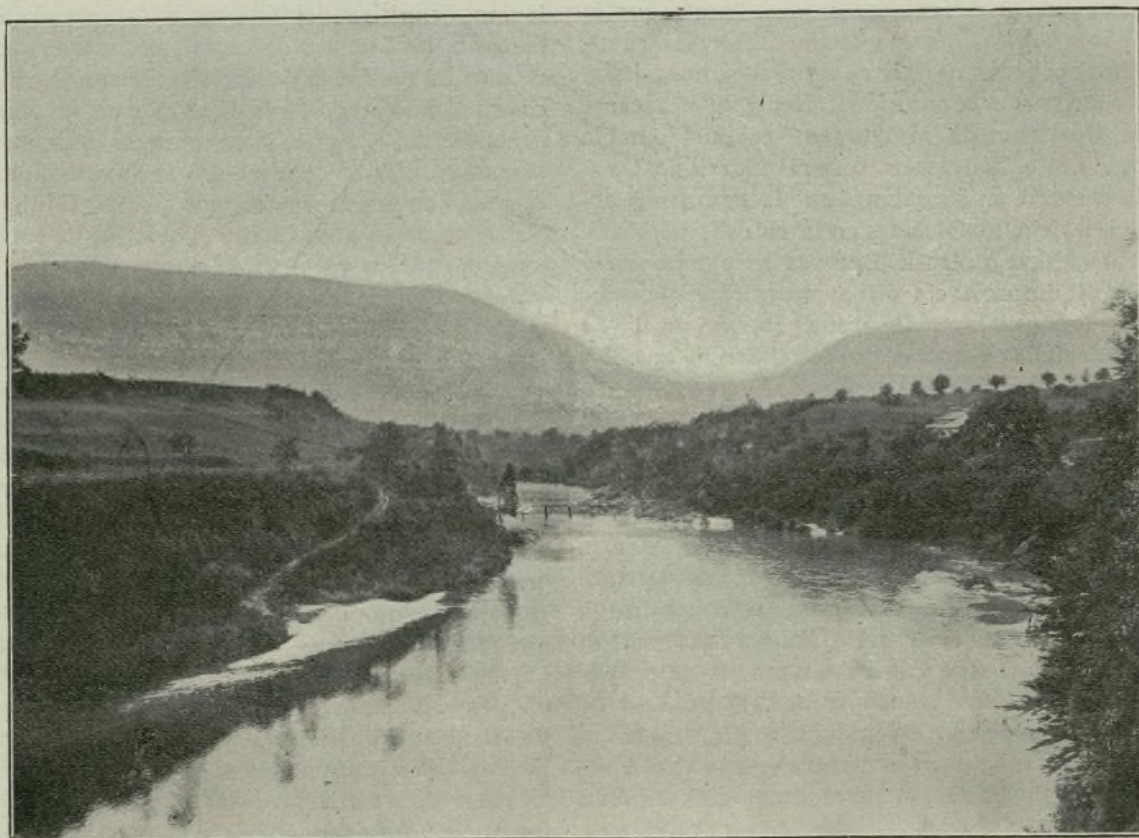


Artillería turca, en fuego, en Gallípoli

Ayuntamiento de Madrid



Puente construido por los zapadores alemanes en 36 horas, para facilitar la persecución de los rusos a través de los terrenos pantanosos; este puente mide varios kilómetros de largo, y se construyó con medios de fortuna



La cabeza del puente de Gorizia y el puente de Pögar, sobre el Isonzo, donde se han librado los más sangrientos combates de la guerra austro-italiana

nuevo. En los periódicos se leen anuncios de que en la distante Omsk se darán facilidades para la instalación de las fábricas evacuadas. En cuanto a las escuelas de los territorios ocupados o amenazados por el enemigo, los niños tienen que ir a las nuevas ciudades donde se han abierto, de modo que los padres tienen poco en que elegir sobre los puntos en que han de refugiarse. La educación de los niños es la última cosa que olvidan las familias en Rusia. No preocupa mucho, sin embargo, a los más de los refugiados la educación de los niños; suelen ser campesinos, y no hay escuelas cerca de ellos en muchos casos.

Con los labriegos se mezclan los sacerdotes de larga cabellera, que echan de menos sus parroquias. Muchos clérigos se han refugiado en los grandes monasterios. El famoso monasterio Petcherskaya, en Kiev, ha acogido a millares de sacerdotes y monjas evacuados y a campesinos trocados en peregrinos. En aquel gran caserón, aguas arriba del Dnieper, todos los días parecen festivos. La multitud lo invade todo; arden los cirios en las capillas; no cesa la música religiosa, salvo a las horas de comer, cuando la gente se sienta a las mesas públicas montadas en los patios abiertos de los refectorios; en muchos pasillos se amontonan mercaderías variadas; los sótanos y galerías donde duermen el sueño eterno los viejos santos y padres, están siempre invadidos por la muchedumbre. Hasta los judíos buscan alimento o refugio en los monasterios, y no se les prohíbe la entrada.

La gran calamidad, la gran confusión, no deja de ofrecer, sin embargo, escenas de mercantilismo. No pocas personas del pueblo han querido aprovechar la ocasión para aumentar sus ganancias. Los mozos de cuerda no querían llevar las maletas por menos de cinco rublos (trece pesetas), hasta que la policía intervino y fijó una tarifa de setenta céntimos. Los cocheros pedían cuantiosas sumas, hasta que los ató cortos la autoridad. Nadie quería cambiar el papel moneda. Mucha gente del pueblo había comprado billetes del tren, para revenderlos.

Me presenté en las oficinas que la compañía del ferrocarril tiene establecidas en la ciudad, para adquirir un billete a Minsk. Las ventanas rotas atestiguaban la impaciencia de la multitud. Probablemente, menos de la mitad de la gente que partía de Kiev conocía la existencia de aquellas oficinas. Lo mismo sucede en el resto de Rusia. Nadie sabe nada de las oficinas oficiales, ni nadie le orienta a uno cuando pregunta sobre este punto. Si uno le pregunta a un ruso la cosa más sencilla sobre su propio país, cesa de ser un simple ser humano y se convierte en un oráculo, expresándose en los términos más vagos que puede; de hecho, no dice nada. Delante de las oficinas del ferrocarril, la gente contemplaba lo que en grandes letras decía *Zolotayaotchered*, el turno de oro. Al que pagaba en oro, se le despachaba antes. Si hubiese tenido oro, el número de turno que me correspondiera fuera el 464, pero como carecía de él, me dieron el 2,712. «Vuelva V. el viernes». Me obligaban así a permanecer diez días en Kiev.

Dos estudiantes de la Universidad estaban atareados escribiendo los nombres de los pretendientes, por gusto, gratuitamente. Cuando yo me iba,

uno de los inevitables oficiosos, en toda muchedumbre rusa, me dijo:

—«¿Quiere V. comprar un billete? Yo se lo puedo proporcionar».

—«¿Cómo?», le interrogué.

—«Vendiéndole mi turno por cincuenta reales; llegará dentro de media hora», me respondió. Tenía una serie de turnos escritos por los dos estudiantes una semana antes. Era una excelente ocasión. «¡Muy bien!», le dije: «Compre V. mi billete y llévelo a mi hotel. Aquí está el dinero».

Entonces, se me acercó una judía de tez oscura, implorándome con lágrimas en los ojos que le comprara un billete que tenía, porque había resuelto quedarse en Kiev y no lo necesitaba. Me lo cedería por una prima de tres rublos.

—«Es un billete de ayer», murmuró a mi oído el hombre con quien me acababa de concertar. «Tiene varios».

—«Lo siento mucho, tía», le dije, «pero ya tengo uno». Y volviéndome a mi hombre. «Me llevará V. el billete a mi hotel, ¿no es verdad?»

—«Sí, barin. V. me dará medio rublo más por la comisión, ¿es cierto?»

—«Sí, muy bien, muy bien».

Kiev.....

STEPHEN GRAHAM

(De *The Times*).

EL ULTIMATUM DE RUSIA A BULGARIA

La nota entregada por el ministro ruso en Sofía al Gobierno búlgaro, reza así:

«Los acontecimientos que en este momento se están desarrollando en Bulgaria, demuestran la resolución definitiva del Gobierno del rey Fernando de poner los destinos de su país en manos de Alemania. La presencia de oficiales alemanes y austriacos en el ministerio de la Guerra y en los cuarteles generales del Ejército, la concentración de tropas en la zona fronteriza de Serbia, y el auxilio financiero aceptado de nuestros enemigos por el Gabinete de Sofía, no dejan dudas sobre el objetivo de los actuales preparativos militares de Bulgaria.

«Las Potencias de la Alianza, que tenían el propósito de satisfacer las aspiraciones del pueblo búlgaro, han advertido muchas veces al señor Radoslavov, que cualquier acto hostil contra Serbia sería considerado como dirigido contra ellas mismas. Las seguridades dadas por el presidente del Gabinete búlgaro, contestando a aquellas advertencias, han sido negadas por los hechos.

«La representación de Rusia, ligada a Bulgaria por la memoria imperecedera de su liberación del yugo turco, no puede sancionar con su presencia los preparativos de una fratricida agresión contra un pueblo eslavo y aliado.

«En consecuencia, el ministro ruso ha recibido la orden de salir de Bulgaria con todo el personal de la Legación y consulados, si el Gobierno búlgaro, en el plazo de veinticuatro horas, no rompe abiertamente con los enemigos de la causa eslava y de Rusia, y no despiden en el acto a los oficiales que pertenecen a los ejércitos de los Estados que están en guerra con las Potencias de la Alianza».



Sería curioso saber cómo Rusia compaginaría su aparente deseo de satisfacer las aspiraciones búlgaras, que consisten en la incorporación de la Macedonia serbia, con su resolución de no permitir que Serbia sea atacada.

ORDEN DEL DIA DEL MARISCAL FRENCH DESPUÉS DE LA BATALLA DEL 25 DE SEPTIEMBRE

Acabamos de alcanzar un estado definitivo en la gran batalla que comenzó el 25.

Nuestros aliados han roto en el S. la última línea de atrincheramientos enemigos y cogido grandes cantidades de prisioneros y cañones.

El 10º ejército francés, inmediatamente a nuestra derecha, ha tropezado con tenaz resistencia, pero ha conseguido apoderarse brillantemente de la importante posición conocida por los ribazos de Vimy.

Las operaciones de las tropas británicas han sido muy felices y han tenido grandes e importantes resultados.

En la mañana del día 25, el 1.º y el 4.º cuerpos atacaron y tomaron la primera y más fuerte línea de atrincheramientos enemigos, que se extendía desde nuestro extremo flanco derecho en Grenay, a un punto al N. del reducto de Hohenzollern: una distancia de seis kilómetros. Esta posición era excepcionalmente fuerte, y consistía en una doble línea, con algunos grandes reductos y una red de trincheras y abrigos a prueba de bomba. A intervalos cortos había alojamientos en toda la línea, siendo varios de ellos amplias habitaciones subterráneas 10 metros bajo el suelo.

El 11º cuerpo, como reserva general, y la 3.ª división de caballería se empeñaron también en combate, y finalmente la 28ª división.

Después de las vicisitudes inherentes a todo gran combate, los puestos de la segunda línea fueron tomados, la posición dominante llamada altura 70, delante de Loos, cayó en nuestras manos, y se estable-

ció una fuerte línea, consolidada a la inmediatez de la tercera y última línea alemana.

Las principales operaciones al S. del canal de La Bassée fueron facilitadas y favorecidas por los ataques del tercer cuerpo y el cuerpo indostánico y las tropas del 2.º Ejército. También prestaron eficaz ayuda las operaciones del 5.º cuerpo al E. de Ipres, que condujeron a realizar algunas importantes capturas.

Debemos igualmente no poco al vice-almirante Bacon y nuestros camaradas de la marina, por la valiosa cooperación de la escuadra.

Nuestras capturas han ascendido a cerca de 3,000 prisioneros y unos 25 cañones, además de muchas ametralladoras y una cantidad de material de guerra.

El enemigo ha sufrido duras pérdidas, particularmente en los fuertes contraataques, con que en vano se esforzó en recobrar las posiciones perdidas, los cuales fueron todos brillantemente rechazados por nuestras tropas.

Deseo expresar al ejército de mi mando el profundo aprecio en que tengo su magnífica labor, y mis cordiales gracias por las dotes de mando desplegadas por el general Sir Douglas Haig y los comandantes de cuerpo y división, que obraron bajo sus órdenes en el ataque principal. Con el mismo espíritu de admiración y gratitud, deseo insistir en particular sobre el magnífico espíritu, indomable valor y tenaz obstinación desplegadas por las tropas.

El Viejo Ejército, el Nuevo Ejército y los Territoriales, han rivalizado entre sí en la heroica conducta desarrollada en la batalla por los oficiales, clases y soldados.

Tengo la mayor confianza y seguridad de que el mismo glorioso espíritu, que tanto ha brillado en la primera fase de esta gran batalla, continuará hasta que nuestros esfuerzos sean coronados por la final y completa victoria.

J. D. P. FRENCH, *Field-Marshal*,

Comandante en jefe del Ejército británico en campaña.
30 septiembre 1915.

CRONICA MILITAR

I. Situación especial del ejército británico.—II. Resolución de la campaña contra Rusia.—III. La campaña contra Serbia.
IV. Densidad del orden de batalla británico el 25 de septiembre.—V. La situación el 12 de octubre

I.—Situación especial del ejército británico

El ejército británico—lo he dicho varias veces—se ha educado en la escuela de las guerras coloniales, y por consiguiente entró mal preparado en la presente. Sus cortos efectivos y los defectos de organización le pusieron todavía en peores condiciones, de las que va saliendo poco a poco gracias a su bravura y excelente espíritu, aunque a costa de pérdidas inmensas. Se le organizó y adiestró para las campañas en las colonias, por creer Inglaterra que su fortísima escuadra sería suficiente para imponerse en los conflictos continentales, y la guerra actual resulta demasiado dura para ese ejército, que puede decirse ha sido creado frente al enemigo, en las circunstancias más desfavorables. Sin embargo, ha salido con

honor de la prueba y se ha hecho digno del respeto universal.

En el empleo de sus medios militares, la alta dirección ha procedido sin conformarse estrictamente a los principios estratégicos, obrando más bien como un guerrillero que como un atleta, para decirlo en términos vulgares. La falta de concentración de esfuerzos, que durante más de un año se ha manifestado en el campo ruso y, sólo accidentalmente, en los demás, aparece muy acentuada en el británico.

Al principio de la guerra, dividió sus fuerzas entre Amberes y la frontera franco-belga, y fué débil en ambos lugares y batida en los dos. Posteriormente, teniendo a un poderoso enemigo delante de sus tropas, destacó parte de sus fuerzas navales y un ejército numerosísimo a los Dardanelos y Gallipoli.

Y ahora emprende otra expedición contra Bulgaria.

Un examen atento y detenido de la situación general, enseña, lo mismo en esta que en todas las guerras, que la resolución de la campaña se encuentra en un punto determinado, y en él deben concentrarse los más de los recursos disponibles, limitándose a ganar tiempo en los demás teatros. Así se están conduciendo los alemanes, que prescindieron de Francia y reunieron sus esfuerzos contra Rusia hasta despojarla de sus capacidades ofensivas; y lo mismo han hecho los austriacos—relegando a segundo término la frontera italiana—, y también los franceses dentro de lo que permitía la necesidad de no agotar estérilmente a sus tropas. Inglaterra, no. Si para ella era lo esencial el apoderarse de los Dardanelos, los mayores sacrificios prodigados en esta empresa hubiesen tenido amplia compensación; si aquellas operaciones eran secundarias, no había por qué dedicarles tantas tropas, y menos aún enviar nuevos contingentes a Macedonia. Tener cerca de dos millones de hombres en Flandes, sin poder forzar el frente alemán, y destacar casi otro millón al oriente europeo, sin esperanzas de obtener el triunfo, no es medida que merezca ser recomendada. En último término, se apoyaría mejor a Serbia desembarcando fuerzas en el Norte de Albania, que no poniéndolas en las costas del Egeo, estando los búlgaros tan cerca de los ferrocarriles serbio-macedónicos. En el concepto militar, la dirección de la guerra no es posible calificarla de acertada, en lo que atañe a Inglaterra.

Pero sería notoria ligereza afirmar que el error es absoluto. Hay muchas y muy poderosas razones que aconsejan lo que la Gran Bretaña ha hecho. No ha perseguido solamente vencer al enemigo valiéndose de los ejércitos aliados, sino poner a cubierto de un ataque sus mejores colonias de Africa y Asia, y arrastrar a su campo a otras naciones. Desde este punto de vista, y sin necesidad de profundizarlo, Inglaterra está obrando con indudable habilidad y sabiduría. De suerte, que están reñidos los conceptos militar y político, y esto es lo que me proponía poner de relieve.

Siempre la acción del general en jefe se ejerce a la vez que la internacional, y el gran desideratum consiste en que ambas se complementen y concierten, convergiendo de perfecto acuerdo al mismo y único fin. Cuando esas acciones se refunden en las mismas manos, las dificultades desaparecen y los éxitos llegan a los más altos límites. Alejandro, César y Napoleón debieron en gran parte a esta feliz circunstancia sus espléndidos triunfos; Anibal, menos favorecido en este concepto, sólo pudo brillar como capitán, acaso el primero entre los primeros. En compensación lógica los reveses adquieren los más decisivos caracteres si una misma persona asume los dos mandos, militar y político, porque a veces la diplomacia atenúa los fracasos del general, y otras éste compensa los desaciertos de aquella.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, y sin desconocer que en ninguna de las Potencias hoy en guerra se repite el caso de aquellos caudillos, Inglaterra se encuentra en una situación especial, diferente de la de sus aliados y adversarios. Todos ellos pueden llegar a una victoria definitiva y todos pueden ser víctimas de una derrota completa, mientras que si Inglaterra resulta triunfante en absoluto, lo

deberá más a sus aliados que a ella misma, y es difícil que el desastre le alcance tan gravemente como a los demás. Se debe esto en parte, nada más que en parte, a su posición geográfica y a sus colonias, pero también a que en la dirección de la guerra prepondera el elemento diplomático sobre el militar, en lugar de hallarse ambos casi equilibrados, según acontece en los otros beligerantes.

Conviene no olvidar este punto de vista al juzgar las operaciones del ejército británico, que deben ser miradas con más benevolencia, sobre todo en lo que concierne a la labor de los generales. Hay mucho parecido, en el fondo, con lo que la historia nos refiere de Cartago, y de la misma manera que la posteridad no echó sobre Anibal la responsabilidad de no pocas faltas, que no le incumbían, tampoco sería justo que se juzgara a los generales británicos desde el mismo plano que a sus colegas de otras nacionalidades. En la materialidad de las operaciones, los objetivos militares prevalecen sobre los internacionales en todas las naciones beligerantes menos en Inglaterra, donde acontece lo contrario, lo cual contribuye a que el ejército británico brille con menos luz que los otros, pese a su excelente comportamiento.

II.—Resultados de la campaña contra Rusia

Los últimos partes alemanes han dado a conocer que una parte del ejército del E. ha sido retirada de Rusia y llevada contra Serbia, de donde se deduce que ha terminado por ahora la gran ofensiva que empezó el 1.º de mayo en la línea del Dunajec. Con todo, si los rusos atacan en unos sectores, son los alemanes quienes acometen en otros, de modo que la situación general no ha llegado al carácter de estabilidad que desde los primeros momentos tuvo la línea del Aisne. El invasor lucha todavía por la posesión de algunos puntos, que estima necesarios para la seguridad de su frente.

Suspendido el avance alemán, ha llegado el momento de examinar los resultados de la última campaña, o sea la que comprende los hechos posteriores a la caída de las plazas fuertes del Vístula, Bobr y Niemen.

Contenidas las alas rusas, en Curlandia, Volinia y Galizia, el objetivo alemán se enderezó a la destrucción del ejército moskovita, contra el cual marcharon más de la mitad del ejército de Hindenburg, todo el del príncipe Leopoldo y gran parte del de Mackensen. A raíz de la evacuación de Varsovia, el Gran Duque comprendió que el peligro principal estaba en el Norte, en el Niemen y el Vilia, y hacia allí hizo afluir cuantas tropas pudo retirar del resto del frente, a la vez que se concentraban nuevos refuerzos en la región de Vilna. Esa reunión de fuerzas brindaba ocasión a los alemanes para intentar un golpe contra la masa principal enemiga, que si tenía éxito hubiera dejado desarmada a Rusia. Cuando los alemanes ultimaban los preparativos para este ataque, fué relevado el Gran Duque, y asumió el mando efectivo el general Alexeiev. Dos partidos se le presentaban a este caudillo: continuar la retirada perdiendo por completo el contacto con las alas, o disputar el terreno palmo a palmo. La primera determinación hubiera llevado al ejército al E. de

Minsk, a una región poco abundante en caminos y recursos, y dejara desamparada el ala derecha, que no hubiese podido prolongar la resistencia en el Duina. Decidióse Alexeiev por la primera; pero, aspirando a establecer el enlace, ya roto, con su ala izquierda, trasladó a Volinia fuertes masas de caballería y no poca infantería, con el propósito de cerrar el claro y producirlo, a su vez, entre el centro y la derecha enemiga; al mismo tiempo, se tomaría la ofensiva en el centro y en la línea del Duina.

Dos pensamientos iban, pues, a ponerse frente a frente: el alemán, consistente en ganar tiempo en las alas y atacar a fondo en el centro; y el ruso, sintetizado en interponerse a manera de cuña entre el centro y la derecha alemanas, por el S. O. de los pantanos de Rokitno, avanzar en Curlandia y resistir a todo trance en el Vilia y el Niemen, región la más importante del teatro de la guerra, por servir de campo a las operaciones de los ejércitos principales y más fuertes de los dos bandos.

La maniobra rusa en Volinia, al N. E. de Luzk, tuvo éxito en los primeros días. El ejército austro-alemán lanzado contra las tropas de Ivanov hubo de repasar al Sereth y replegarse frente a Rovno. Las retaguardias rusas, que durante dos meses se retiraban lentamente delante de Leopoldo y Mackensen, extremaron su resistencia, y aquellos dos ejércitos no pudieron avanzar con la rapidez reclamada por Hindenburg. Entre el Vilna y el Niemen fracasaron los contraataques de los rusos, y tampoco fueron más afortunados en Curlandia.

Del lado alemán, Hindenburg preparaba una maniobra envolvente contra el centro ruso, parecida a las de Tannenberg y Augustovo. Cuarenta mil ginetes rompieron la línea enemiga y se precipitaron hacia el E., por el N. de Vilia, cubriendo el avance del ejército de Eichorn. Este contorneó a Vilna por el N., mientras los de Gallvitz y Scholtz, en primer término, y luego el del príncipe Leopoldo tendían a rebasar la plaza desde el S. Por desgracia para los alemanes, Leopoldo tropezó con una resistencia que no esperaba, y Gallvitz y Scholtz tuvieron que desalojar de sus posiciones avanzadas, tras sangrientos combates, a los rusos que las ocupaban; de suerte que el único que pudo llevar a cabo el movimiento prescrito por Hindenburg, fué Eichorn. Ante la amenaza de envolvimiento de Vilna por el N., las tropas rusas evacuaron la plaza y se pusieron en retirada; las reservas disponibles fueron enviadas contra la caballería, y las retaguardias de los grupos del Niemen se sacrificaron impidiendo que Gallvitz y Scholtz completaran el cerco dibujado al N. por Eichorn. Cuando aquellos dos generales consiguieron abrirse paso, era tarde: los rusos habían escapado hacia el E. antes de que les rodeara un círculo de hierro. Los alemanes obtuvieron un éxito táctico, veintitrés mil prisioneros cayeron en sus manos, y ocuparon una vasta faja de terreno, pero la maniobra estratégica no tuvo éxito: aunque debilitado, el centro ruso burló al enemigo y restableció un poco más al E., desde Vileiki y Smorgon, su frente de combate. La campaña no terminó con la destrucción del ejército ruso principal, y el problema estratégico siguió en pie. Durante algunas semanas, los alemanes se esforzaron en derrotar a dicho centro enemigo; pero cuando la caballería, atacada por tropas de

las tres armas, tuvo que retroceder, fué menester hacer un alto en el avance de Eichorn y esperar que los demás fuesen entrando en línea.

La campaña, quedó, pues, indecisa. Aunque en Volinia los austro-alemanes derrotaron de nuevo a su adversario, y Leopoldo y Mackensen pudieron continuar su avance, momentáneamente interrumpido; en cambio el centro ruso había conseguido ocupar una posición que le libraba de un ataque envolvente, a menos que los alemanes agruparan de otra manera sus fuerzas. Como consecuencia de este estado de cosas, sobrevino una pausa en la ofensiva alemana, síntoma de que, efectivamente, Hindenburg preparaba otra maniobra, o indicio de que se abandonaba toda idea de avance ulterior y de que la actividad se concentraría en otro teatro. En el concepto militar, lo primero parecía más lógico, porque la paralización de los ataques después del fracaso de la maniobra de Vilna y a raíz de haber asumido personalmente el Czar el mando de sus tropas, se traduciría necesariamente en el robustecimiento de la moral del soldado moskovita. No obstante, otras consideraciones pesaron más en el cuartel general alemán, porque se ha desistido de una segunda maniobra y se ha comenzado la acción contra Serbia.

No quiere decir esto, empero, que los austro-alemanes se hayan resignado a una actitud defensiva en el frente oriental. Basta examinar ligeramente un mapa para comprender que la línea ocupada por el centro, desde Vileiki al E. de Baranovicht, distaría mucho de estar segura mientras el ala izquierda no se estableciera sólidamente en el Duina, toda vez que por el S. los pantanos de Rokitno la libran de un ataque en grande escala. De aquí que los alemanes no cejen en su empeño de apoderarse de Dvinsk, cuya posesión les haría dueños de la línea del Duina; y que, al mismo tiempo, prosigan su ofensiva en Volinia, para impeler a la retirada a Ivanov.

La paralización de los ataques en el centro, permitiría a Alexeiev trasladar parte de sus fuerzas a las alas; para evitarlo, Eichorn y Leopoldo vuelven a empujar a los rusos. Es decir, que así como antes la maniobra era central y las alas efectuaban meras diversiones, ahora la maniobra es de alas y el centro atrae hacia sí al enemigo.

El fracaso del doble movimiento envolvente de Vilna no debe interpretarse en el sentido de que los alemanes han perdido la campaña; la ganaron definitivamente hace dos meses, faltándoles sólo asestar el golpe de gracia que los rusos supieron rehuir con habilidad y merced a la extraordinaria cohesión de sus tropas. Hasta qué punto está debilitado el ejército del Czar, lo demuestra el hecho de que los austro-alemanes han podido retirar del frente oriental por lo menos dos ejércitos, para lanzarlos contra Serbia, sin que por ello se hayan resentido las operaciones en conjunto. La totalidad del frente no sufrirá ya variaciones de consideración, por lo menos en lo que concierne a los planes alemanes. Otra cosa hubiera sido si la maniobra de Vilna tuviera éxito, porque entonces el ala derecha rusa quedara envuelta, su derrota fuera punto menos que inevitable y las avanzadas alemanas llegaran muy cerca de Petrogrado.

En resolución: la guerra contra Rusia no ha tenido un resultado definitivo, el ejército ruso no ha

sido destruido; pero está tan quebrantado que no recobrará su antigua capacidad ofensiva hasta dentro de muchos meses; probablemente, la guerra habrá terminado antes.

Está Rusia derrotada, y contenidas Inglaterra y Francia en el Oeste, e Italia en el Sur, disponen todavía los austro-alemanes de un suplemento de fuerzas para oponerlas a Serbia, restándoles otro poderoso núcleo para atender a las eventualidades que pueden presentarse. Hace cinco meses, ejércitos mucho más numerosos que los que están hoy en el E., eran necesarios para contener a los rusos; hoy los austro-alemanes se han internado 300 kilómetros en territorio enemigo, han barrido todas las fortalezas y con menos fuerzas se encuentran en estado de proseguir la ofensiva. En este breve resumen están sintetizadas la extensión y gravedad de la derrota rusa, desastre ruso sería más propio.

III.—La campaña contra Serbia

Desde que el impremeditado avance de la derecha austriaca, que con excesiva confianza se aventuró en un terreno montañoso, perdiendo el contacto con el centro, produjo la retirada de todo el ejército invasor, en diciembre de 1914, Serbia ha tenido su territorio limpio de enemigos. La imprudencia austriaca fué precedida por otra no menor de los serbios, que intentaron entrar y extenderse en Bosnia, donde fueron derrotados. Una lucha de cinco meses, y la terrible epidemia de tifus exantemático desatada en el pequeño reino, han reducido considerablemente el poderío militar de Serbia, cuyo ejército es dudoso que llegue hoy a 200,000 hombres. Los aliados le enviaron al principio cierta cantidad de material de guerra, bastante anticuado, por lo general, pero de todos modos no es de creer que esté ahora muy sobrada de elementos de guerra.

Contra una nación debilitada por los combates y las enfermedades, se han arrojado ahora un ejército austro-alemán cruzando el Save, el Drina y el Danubio, y otro búlgaro que se prepara a atravesar la frontera del Este. El paso del Drina y el Save, que tanta sangre costó a los austro-húngaros en noviembre, acaba de efectuarse sin grandes dificultades; Belgrado ha sido tomada por asalto. Con todo, la amenaza más temible para Serbia es la que proviene del lado búlgaro.

Fuera Serbia un país llano u ondulado, y la guerra duraría poco; pero la protege la naturaleza montañosa y abrupta de su suelo, en particular en sus regiones N. y O., que se prestan admirablemente a una guerra de partidarios y en donde un ejército tan aguerrido como es aquel puede sostenerse mucho tiempo. No es de creer, sin embargo, que los austro-alemanes se propongan la conquista de Serbia, sino meramente la ocupación de la zona suficiente para establecer un camino fácil y seguro entre el Danubio y Bulgaria, con el fin de llevar a Turquía los refuerzos que necesita y obligar a reembarcar al ejército aliado, expedicionario en los Dardanelos. Reducida la campaña a estos límites, no es de creer que sea de larga duración, aun contando con la bravura, bien acreditada, de los serbios.

Los aliados han desembarcado algunas tropas en Salónica. ¿Se trata, realmente, de poner al lado de

los serbios un ejército bastante para equilibrar las fuerzas de la defensa con las de los invasores? Serían necesarios, por lo menos, 200,000 hombres, y no parece que Francia e Inglaterra se atrevan a emplear tan crecido número de hombres en un teatro apartado, con uno o dos puertos neutrales como únicas bases, bien precarias. Un ejército aliado que partiendo de Salónica avanzara por Macedonia y se internara en Serbia, se expondría a gravísimos peligros; sería esa una expedición muchísimo más arriesgada que la de los Dardanelos. Más probable es que los aliados se propongan sólo distraer algunas fuerzas búlgaras y ocupar una posición de flanco contra la línea de comunicación que los austro-alemanes quieren establecer hasta Constantinopla; al mismo tiempo, la posesión del importante puerto de Salónica, y quizás de otros puntos del litoral, mejorarían su posición política el día que se firme la paz.

Operando Francia e Inglaterra en un país neutral—Grecia,—habrán de tener siempre presente la posibilidad de que surja un nuevo adversario a sus espaldas, eventualidad remota hoy, pero no inverosímil si la victoria se inclina a favor de los austro-alemanes. Por estos motivos, parece lógico que los desembarcos en Salónica no sean el preliminar del envío de un poderoso ejército al N. de Macedonia; su objetivo es más modesto, militarmente considerado, aunque su trascendencia política puede ser grande.

De todas las campañas que se han desenvuelto desde agosto de 1914, esta de los Balkanes es la más enredada y la que acaso dé lugar a mayores sorpresas. Suponiendo que los austro-alemanes, con la cooperación de los búlgaros, obtengan un éxito rápido, y se sostengan sin retroceder en los demás frentes, la ayuda a Turquía no tropezará con grandes dificultades; pero un revés en Serbia o una derrota en Rusia o Francia, darían lugar a profundas complicaciones, que escapan a toda previsión. Porque, aun cuando no tan aventurada como la expedición de los aliados en favor de Serbia, el avance austro-alemán ha de efectuarse dejando Rumanía a un lado, al otro Serbia, Grecia en un flanco, y estando el Egeo dominado por Inglaterra y por Rusia el mar Negro. No habrá grandes batallas, parecidas a las que se han librado en Rusia y Francia, ni la estrategia alemana llegará a las cumbres a que se elevó en Polonia; las operaciones, con ser más modestas, tendrán una trascendencia enorme y pueden conducir deprisa a la paz. La estación es apropiada para mover masas de hombres en aquellas latitudes, con la ventaja, para los austro-alemanes, de que los próximos meses son los peores para las operaciones y navegación de las escuadras aliadas. Hay que contar también con la contingencia de que Serbia se salga de la guerra, si no se siente apoyada eficazmente por Inglaterra y Francia en Macedonia y por Italia desde Albania. Los primeros combates que empeñen los búlgaros contribuirán no poco a despejar la situación, porque darán a conocer exactamente las zonas de concentración y los objetivos señalados.

El ejército austro-alemán enviado contra Serbia lo manda el mariscal Mackensen; lo componen el ejército de von Gallwitz, que había operado en Polonia y últimamente en el Niemen, y ahora ha cruzado el Danubio, no lejos de Semendria; el del ge-

heral von Kőwess, que ha pasado el Save y se ha apoderado de Belgrado, en unión de otro cuerpo austro-húngaro; y otro ejército que opera en el Save. En total deben formarlos seis u ocho cuerpos de ejército con un efectivo de 250 a 300,000 hombres; su superioridad sobre el serbio estriba, más que en el número, en su organización y en la abundancia de material de artillería, entre el que es de suponer figurarán algunas baterías austriacas de montaña, retiradas del frente italiano.

IV.—Densidad del orden de batalla británico el 25 de septiembre.

La orden del día 30 de septiembre del mariscal French, revela que en la batalla del 25 del mismo mes tomaron parte directa seis cuerpos de ejército, una división de infantería y otra de caballería, apoyados por otros cuatro cuerpos—2.º ejército—algunas de cuyas tropas también se empeñaron en combate; en total, sin contar el 2.º ejército, unos 250,000 hombres, en un frente máximo de 45 kilómetros, lo que da 5.5 hombres por metro. Esta densidad de la línea británica supera a la corriente en las últimas guerras, incluso la actual, pero no da idea exacta de la realidad.

Los cuerpos 1.º y 6.º, más de 60,000 hombres, desplegaron en un frente de seis kilómetros, a razón de 10 hombres por metro; y en el esfuerzo principal, en la verdadera batalla, desde el canal de La Bassée al 10.º ejército francés, al N. de Arras, o sea en un frente de 15 kilómetros, intervinieron cinco cuerpos y dos divisiones, equivalentes a más de 200,000 hombres, es decir, que en cada metro formaron catorce hombres, aparte del 2.º ejército, en reserva.

Los ataques fueron sucesivos, en varias oleadas, pero, en compensación, el empuje no se distribuyó uniformemente en todo el sector, sino que se concentró sobre las cuatro o cinco posiciones principales, pudiéndose asegurar que ante ellas pusieron los ingleses 20 o más hombres por metro. Aunque nos concretemos a la cifra de 14 hombres, los asaltos tuvieron lugar, necesariamente, en formaciones tan densas, que nada impide llamarlos ataques en masa, a pesar de lo cual las ventajas obtenidas fueron insignificantes, y se perdieron en parte por la contraofensiva de los alemanes.

Esa cantidad de hombres lanzada contra unos atrincheramientos, para no conseguir otro resultado que el adueñarse de una porción de la primera línea de defensa, permite presumir lo sangrienta que fué la batalla, las espantosas pérdidas que tuvo que lamentar el atacante; porque, de lo contrario, ese alud humano de 14 hombres por metro, hubiera roto la segunda y la tercera posiciones defensivas de los alemanes. No hay datos para calcular el efectivo de éstos; lo probable es que no excedieran de 50,000 hombres, incluyendo las reservas; de admitir un número mayor, habría que concluir que hay más de dos millones de alemanes en Francia, aun suponiendo que la densidad de ocupación del frente se redujera en otros sectores a uno o dos hombres por metro.

Los números expuestos justifican, más que todo linaje de razonamientos, las vacilaciones del alto mando aliado en los pasados meses de inactividad, y el abandono por parte de los alemanes de toda ten-

tativa de ofensiva en grande escala. Si para romper la primera línea de un frente atrincherado compuesto de tres o más, el ofensor ha de empeñar 14 hombres por metro, la deducción no puede ser más triste para él: la victoria, si llega, se habrá comprado al precio de tantas bajas, que el ejército quedará reducido a menos de la mitad; y téngase en cuenta que en este caso la victoria no es más que el empujar a los alemanes hasta la frontera franco-belga; después, restaría toda Bélgica por conquistar. Alemanes y aliados tienden a hacer imposible la decisión de la guerra en el Oeste.

V.—La situación el 12 de octubre

Todo el interés de la guerra se ha concentrado sobre los sucesos que comienzan a desarrollarse en los Balcanes. No es probable que Serbia pueda resistir mucho tiempo la formidable acometida de que está siendo objeto, ni es menester que sea completamente derrotada para que se abra el camino, hoy cerrado, entre Austria y Bulgaria, y se llegue desde los imperios centrales a Constantinopla.

Hasta ahora, han desembarcado en Salónica 32.000 aliados, pero para que su acción pudiera entorpecer seriamente las operaciones de los búlgaros y las de los austro-alemanes, serían necesarios más de 150.000 hombres, habida cuenta de los contingentes indispensables para guardar el punto de desembarco y la línea de comunicaciones. No es probable que Francia e Inglaterra se decidan a este nuevo esfuerzo, sin retirar tropas de Francia, ni de los Dardanelos, porque antes de tres meses los 150.000 hombres hoy precisos supondrían el envío de otros tantos, para reemplazar bajas por acción de guerra y enfermedades y atender a las múltiples incidencias que una guerra en teatro tan lejano impondría. De consiguiente, los aliados han de resolver un problema previo, muy difícil, del que tal vez depende la suerte de toda Europa y sus colonias.

Si los austro-alemanes vencen a los serbios y abren el camino de Constantinopla, el ejército aliado expedicionario en Gallípoli corre los más grandes peligros; nuevos submarinos alemanes aparecerán en el Egeo, y el abastecimiento y las comunicaciones entre Gallípoli y el Oeste de Europa será muy precario. En resumen, el día en que el ejército de Mackensen se dé la mano con los búlgaros, las tropas aliadas tendrán que ir pensando en el abandono de las costas de Gallípoli; el fracaso de esta expedición sería un golpe mortal para Inglaterra, por las razones expuestas anteriormente en estas páginas.

Para evitar tan temible contingencia, y toda vez que Rumanía y Grecia mantienen su neutralidad, se impone el envío de un fuerte ejército a Salónica o el abandono voluntario de la empresa de los Dardanelos. Cabría también una solución mixta, consistente en dejar en Gallípoli las fuerzas estrictamente indispensables para conservar las posiciones ocupadas, contando con la protección de la escuadra, y trasladar las demás a Macedonia; pero ello permitiría que los turcos, a su vez, debilitasen su ejército en los Dardanelos y organizaran otro para que operara en combinación con los búlgaros; no se habría hecho más que aumentar el teatro de la guerra, complicando los servicios. Se comprende que los direc-

tores de la guerra de los países aliados mediten y reflexionen antes de adoptar una resolución, pues entre las que pueden elegir ninguna es satisfactoria.

Llevando sus armas a Oriente, los aliados impusieron su voluntad e iniciativa a los turcos y pararon el golpe que los alemanes proyectaban ejecutar en Asia; pero al invadir Serbia el ejército de Mackensen, vuelve a prevalecer la iniciativa alemana, y los aliados resultan víctimas de los planes que ellos mismos estudiaron y de los que esperaban los mejores frutos. Pero como el problema militar está unido con el político, todavía cabe que los acontecimientos tomen rumbos inesperados, aunque allí, como en ninguna otra parte de Europa, serán las victorias en los campos de batalla las que dictarán la marcha de la diplomacia. La derrota de Rusia ha hecho posible el ataque a Serbia y la entrada en línea de Bulgaria, de suerte que si los austro-alemanes recogieron las primeras ventajas de sus éxitos a expensas de aquel imperio, las mediatas y más definitivas pretenden encontrarlas en los Balkanes y Asia. Habrá todavía quien niegue la derrota de Rusia, pero no será de seguro ningún serbio; ahora, la empieza a reconocer ya Inglaterra, porque está tocando sus consecuencias.

En los primeros combates, las tropas serbias han llevado la peor parte. El paso del Danubio y del Save a viva fuerza, por puentes de pontones contruidos bajo el fuego del defensor, es una de las operaciones más arriesgadas que pueden acometerse en la guerra. Mucho contribuyeron al éxito los monitores austriacos y la artillería pesada austro-alemana; pero, aún así, el paso no se hubiese realizado tan pronto y con tanta facilidad un año atrás, cuando el ejército serbio conservaba toda su potencialidad. La toma de Belgrado después de cruzar aquellos ríos es un índice del estado de agotamiento de las tropas serbias, que es de creer tratarán de defenderse en las montañas y apelarán a la guerra de guerrillas, en vez de prestarse a reñir grandes batallas campales. En cuanto el ejército de Mackensen haya ganado algún terreno hacia el S., la intervención de un ejército búlgaro en el flanco de los serbios por el Nisava, sobre Nish, precipitará la derrota de éstos. El mejor medio de evitarla consistiría en que los anglo-franceses avanzaran por el valle del Vardar; si se retrasan, aunque más adelante desembarquen un poderoso ejército habrán perdido la partida; de suerte que, en las circunstancias actuales, el factor tiempo tiene extraordinaria importancia, y a entorpecer la invasión enemiga, más que a obtener la victoria, propenderán los esfuerzos de los serbios. La intervención de Italia en esta campaña parece poco probable,

por tardía, porque una marcha a través de las cadenas montañosas de Albania es de muy difícil ejecución y expuesta a graves contratiempos. La acción natural de Italia está en el Isonzo, teniendo en cuenta que la ruptura del frente austriaco en Gorizia o un poco más al S., obligaría a reunir en este sector gran golpe de tropas, que no es probable pudieran ser retiradas de Rusia.

El propósito de esta última, de intervenir a través de Rumanía, si se lleva a cabo, dará lugar a nuevas complicaciones. La rapidez de acción va a ser probablemente la circunstancia resolutive de esta campaña; como depende de la fuerza del ejército de Mackensen y se desconoce este dato, hay que aguardar el desarrollo de los sucesos.

Semendria ha caído en poder de los alemanes, de suerte que todo el frente comprendido entre dicha plaza y Chabatz, en el Save, está libre para el paso de fuerzas invasoras. Los búlgaros han tomado la ofensiva en Kujasevatz, al N. de Nisch. Así como para los aliados el valle del Vardar será el principal, el del Morava parece ser el objetivo de los austro-alemanes, con el propósito de envolver los montes de Golubina.

Los rusos, sin duda por ejercer presión sobre Rumanía, vuelven a atacar en la línea del Strypa. En el resto del frente ruso la situación presenta pocos cambios; en conjunto ha mejorado la posición de los austro-alemanes.

No hay variaciones en el teatro austro-italiano. En Francia, los alemanes no cejan en sus ataques parciales; no sería extraño que los aliados hicieran un nuevo esfuerzo para romper el frente enemigo, y es posible, o por lo menos lógico, que esta ofensiva vaya acompañada por otra general de los rusos e italianos, porque los momentos son críticos y la coalición debe desplegar las mayores energías.

Reina calma en Gallípoli y se observa alguna agitación en Egipto. Cuantas operaciones se emprendan en los diferentes teatros, tendrán por finalidad primordial evitar que Serbia sea derrotada y los austro-alemanes establezcan una comunicación segura con Constantinopla y el Asia Menor. La determinación de los imperios centrales de llevar la guerra a los Balkanes abre la fase decisiva de la guerra general; uno de los dos grupos de Potencias ha incurrido ya en el error capital, y sólo los acontecimientos dirán quién ha acertado y quién se ha equivocado.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

13 octubre 1915.